

LA UNIVERSIDAD Y EL PUEBLO

Por el Abog.

S A L V A D O R A Z U E L A

Jefe del Departamento de Acción Social
de la Universidad Nacional de México

LA Universidad Nacional realiza, con la apertura de los Centros de Divulgación Cultural destinados a los trabajadores, la culminación del programa de renovación que ha venido a trazar a la República un camino de acuerdo con la altura de los tiempos, sin quebrar absolutamente una línea de su derrotero en defensa del libre examen. Conserva, pues, la Universidad, en esta tarea de clara comprensión social, la plenitud de su libertad, acordando su acción a las exigencias de la época.

En esta labor hemos tenido que pasar por encima de las dificultades de dentro y de los obstáculos de fuera. Por dentro, enfrentándonos con la vanidad, con la jactancia privativa de toda aristocracia, y especialmente de la de los intelectuales; por fuera, con el germen del odio, del resentimiento, de la envidia que se ha procurado infiltrar en el alma de los trabajadores. El espectáculo sencillo y a la vez trascendental de este acto es la respuesta. Cuando la Universidad se ha dado cuenta cabal

de la función que le compete, cuando ha mostrado a las gentes humildes cómo la función universitaria es por esencia desinteresada, entonces las gentes humildes han respondido. La Universidad, con tal motivo, debe felicitarse.

Inauguramos estos Centros sin ninguna preocupación jactanciosa, con un propósito de completa llaneza; no pretendemos marcar trayectorias definitivas. Creemos que esta será una forma de enriquecer la obra educativa de la Universidad, y que al educar a los trabajadores, educaremos mejor a los elementos de raigambre universitaria.

¿Y por qué hemos elegido los nombres de Justo Sierra, de Juan Montalvo, de Domingo Sarmiento, de José Martí y de Francisco Giner de los Ríos? ¿Es que una intención desprovista de hondura, sin contenido, nos ha determinado a dar tales designaciones a las nuevas células de vitalidad universitaria que hoy se crean? De ninguna manera. Tendenciosamente hemos elegido a un grupo de pensadores de nuestra raza, porque significan el noble equilibrio del pensamiento y de la conducta.

Justo Sierra. El padre de la nueva Universidad Mexicana; el hombre que representa el secreto de la juventud inextinguible, la capacidad de renovación, la flexibilidad de la inteligencia, la finura del espíritu, la gracia ondulante. Justo Sierra que supo captar las más ricas esencias

del alma popular. "Allí donde el pueblo besa por amor o por fe, allí yo beso", decía el Maestro.

Juan Montalvo. Honramos en Montalvo a una de las figuras más caballerosas de América, de los varones que han luchado con mayor trascendencia social y política por la libertad; honramos en Montalvo la intransigencia contra la tiranía, el señorío de la forma y de la idea; honramos en él al adversario de García Moreno, representativo este último de las potencias oscuras de la vida americana.

Domingo Sarmiento. Porque sostuvo su tesis de que gobernar es educar; porque no hay renovación auténtica que no parta de lo espiritual; porque allí donde la educación labra, el esfuerzo queda definitivo. Sarmiento, enemigo del caudillaje americano, es un símbolo de noble ciudadanía. Por eso el nombre del batallador insigne ha sido elegido para uno de nuestros Centros.

José Martí. Por la sencillez, por la modestia, por el afán iluminado, por su sentido heroico, porque su vida de poeta, de tribuno, de hombre ejemplar, será siempre para América una de las más altas manifestaciones de humanidad. Martí constituye el testimonio de la capacidad de apostolado de nuestra América, de la América de acento castizo.

Francisco Giner de los Ríos. Porque no podemos negarnos a nosotros mismos; porque tenemos que volver al tronco común; porque el Maestro español Giner de los Ríos representa la protesta contra todas las organizaciones sociales que pretenden poseer la verdad absoluta; porque ni las iglesias, los partidos políticos, ni el Estado mismo pueden coaccionar la conciencia, ya que los caminos para encontrar la verdad son infinitos; porque la vida de Giner es una protesta viva contra el espíritu coactivo. Aquellos años brillantes de la segunda mitad del siglo pasado en que Giner se levanta en contra de Cánovas del Castillo en defensa del decoro de la inteligencia, y es desterrado de España, son para la Universidad de México lo más meritorio de la lección del Maestro, que luego fructificaría largamente en la Institución Libre de Enseñanza,

que honramos a través de la voluntad creadora de Francisco Giner de los Ríos.

Por eso ha elegido la Universidad estos nombres heroicos, estas figuras ejemplares. El pensamiento orgulloso y pagado de su propia posibilidad suficiente, no construye nada generoso. El odio y la vanidad son por igual barreras que hay que vencer. Y si hay que acercarse al pueblo ciertamente, ello no debe ser en el plan de trivialidad retórica con que se afirmó hace años en la Universidad, sino sin negar el rango de la inteligencia. Porque nosotros afirmamos que una sinfonía de Beethoven conmueve a todo hombre, que tenga una sensibilidad capaz de vibrar con las fuerzas elementales de la vida.

Así abre sus Centros la Universidad. Apoyada en un sentimiento de generosidad y de simpatía. Porque el odio, el crimen y la demagogia no crean nada duradero; porque al fin lo único que queda es la fuerza levantada del ideal, y para hacer que el ideal se levante, organizamos los centros José Martí, Juan Montalvo, Domingo Sarmiento, Francisco Giner de los Ríos y Justo Sierra, el más ilustre antepasado de la nueva Universidad Nacional de México.